

PRÓLOGO “El jardín de los hilos invisibles”

Cuando lector, lectora, te adentres en *El jardín de los hilos invisibles*, hollarás un espacio de dualidades que, partiendo de lo íntimo, contrapone la apariencia con la realidad: el engaño de una memoria que flaquea frente a una verdad velada, tal como le ocurre al protagonista.

La novela oscila entre aparentes contrarios —prosa y poesía, pasado y presente, deseo y certeza, juventud y vejez, inspiración y trabajo— para invitar a una reconciliación entre ellos. Sigue, además, una estructura ajedrecística —apertura, medio juego y juego final— equivalente a la clásica división en introducción, nudo y desenlace; aunque pronto descubrirás que esta historia no está narrada precisamente al uso.

Guillermo es un médico castrense del ejército británico que, retirado en circunstancias traumáticas tras su último destino en Iraq, ha recalado en Valencia en sus últimos años. Allí, mientras intenta reponer su salud, disputa un duelo de ajedrez con un joven; junto a él rememora una vida intensa y cuajada de claroscuros.

En la apertura se abre la primera grieta del misterio: la aparición inexplicable de un libro de relatos, *Notas sueltas*, sobre la mesita de noche del protagonista. Guillermo reconoce sin duda su nombre en la portada, aunque él jamás ha escrito un libro. Algo no encaja, y ese desconcierto impulsa la aventura hacia su pasado.

La partida de ajedrez sirve como marco simbólico para la construcción de la novela, y los relatos intercalados —esas *Notas sueltas* que vertebran la narración— dotan de una nueva modernidad a géneros tradicionales mediante una disrupción calculada. Varían en su temática

y estilo: enamorados que se buscan en Florencia, viajeros rumbo a El Cairo, jóvenes que no encuentran vivienda, asesinos en serie, aldeanos confinados, incluso imágenes de cuadros...son solo algunos ejemplos de los personajes que desfilan por esta miscelánea de cuentos. Lejos de anclarse en una visión nostálgica de la realidad, se elige intervenir en el presente, dirigir la ficción a la actualidad, e intervenir en lo social, en la crítica política, en las patologías actuales.

El relato puede ser también una excusa para jugar con el lenguaje hasta crear unos *Gorgojos displicentes*, o subvertir la tradición en *El descuentacuentos*. A veces se apartan del relato principal; otras, lo redimensionan, e incluso puedes leerlos de forma independiente cuando concluyas la obra. La novela se narra desde su propio proceso de creación, mostrando su evolución interna como si el texto se escribiera ante nuestros ojos, por lo que ya en sus primeras líneas vamos deduciendo que nos hallamos ante un texto experimental.

La historia se despliega desde una memoria sumergida en un nuevo orden espacio-temporal, donde el arte, la música, la pintura, la ciudad y su devenir abren un horizonte en el que la narración elige mirar no solo a la anécdota, sino al entorno y al propio yo. Los paréntesis poéticos y los incisos narrativos evidencian la dificultad del protagonista para representarse a sí mismo en un tiempo y una conciencia que le han sido arrebatados. El jardín representa ese lugar íntimo y fértil donde florecen memorias que parecían perdidas: la mente, el corazón o el pasado.

Desde el medio juego hasta el desenlace, el ritmo narrativo se intensifica como un castillo de fuegos artificiales en alusión a las tradiciones festivas valencianas. El tiempo se acelera como en los últimos minutos de una partida, cuando cada movimiento es decisivo. El desarrollo creciente de los acontecimientos se refleja en la evolución de los personajes implicados; a medida que avanza la trama, se precipitan también los hechos fundamentales en la resolución del misterio. Entre ellos destaca la mujer enigmática que amó Guillermo: aparentemente una

femme fatale, pero presentada no como víctima ni como objeto de deseo, sino como una actante empoderada que elige su camino y contribuye a aclarar los recuerdos, a la vez que precipita el desenlace.

Valencia aparece como un epicentro y espejo de los personajes, alejada del costumbrismo pero desencadenante de un *flashback* de nostalgias en el que el autor rediseña la urbe mediante pinceladas fuera del tiempo y, a la vez, plenamente contemporáneas. Esta actualidad se somete a una mirada crítica que deriva en un humor incisivo macabro o absurdo, que evidencia las contradicciones del mundo contemporáneo. Es también esta novela una reflexión sobre la memoria, ese “quimérico museo de formas inconstantes” borgiano que el protagonista ha bloqueado por efecto de un pasado adverso, y cuyas lagunas le impiden reconocerse plenamente, a pesar de que conserva retazos episódicos e intuiciones. Nos identificamos con él en ese estar en el mundo sin asideros que den significado pleno a la existencia. Sin embargo, la literatura, el arte, la música, le impelen a recuperar ese yo fragmentado, a redimensionar su presente y a comprender la esencia de lo vivido. Estamos ante una narrativa liberada de los límites de la tradición, aunque nutrida de ella: la intertextualidad se manifiesta en los relatos intercalados y los poemas, inseparables de la evolución vital del protagonista. A su vez, la historia principal se articula mediante la proyección de estos textos y alcanza su punto culminante en la frase final que cierra la novela. Todo ello conduce al lector a jugar su propia partida de ajedrez, en la que estrategia y metáfora se entrelazan hasta la revelación definitiva, que da la vuelta al completo a la historia.

El epílogo —un breve relato dedicado al cineasta Carlos Saura— trasluce la conexión profunda entre pasado, presente y futuro. Nada es arbitrario: las huellas del pasado reverberan en el tiempo, moldeando la existencia y el entorno. *El jardín de los hilos invisibles* nos permite, así, una mirada hacia el abismo de una amnesia que bien podría ser la nuestra.